No lo lleven

Entras, llave y pasador, el cuarto de la pensión es tu refugio. Desde la esquina del cielorraso la sombra de la lámpara se inquieta y te sigue atenta mientras comes la pizza sobre la mesa, sentado al pie de la cama y revisas los apuntes del bachi. Hace seis días que no ves a Mariana, que no te habla ni te contesta los mensajes.

Esa tarde de primavera, del hospital les entregaron el cuerpecito sin vida. Acompañaste a Mariana, lo llevaron a González Catán para velarlo.

—No se lo van a llevar.

—Pero Mariana, no podemos hacer nada. El niño ya está muerto.

—Me lo prometió la comadre, me voy a quedar acá, con él.

No supiste que responder. "*Los que mueren, mueren. Listo*. *Ahora el cochecito vacío y el corazón pesado."*

La pizza no la podes tragar, los apuntes te resultan absurdos y sin sentido. Hace frío y soledad en el cuartucho. Mañana vas a faltar para ahorrarte la lástima. Solo queres a Mariana para llorar juntitos. Mandas otro mensaje que no te responderá.

Sentados en el consultorio, la voz del doctor se esfumaba junto con el sol que entraba por la ventana. "*No hay nada que hacer*", dijo. Perdiste la voz y las lágrimas. Casi no te podías parar. Mariana, dura y rígida, te sostuvo. Te dejó en la cama y se fue.

— ¿Dónde fuiste?

—A lo de mi comadre.

— ¿Para qué?

—Me llevó a lo de Don Lustino en González Catán. Ya arreglamos todo.

— ¿Todo qué?

—No se lo van a llevar.

Te acostas, pero no podés dejar la pieza a oscuras, ya no. Tenés su vocecita incrustada en el oído y la penumbra se te llena de figuras movedizas. Te abrazas a la pared de tu lado hasta que vencido, dormís con un sueño lleno de solo llanto. Nada más.

Tus ojos se abren de golpe, unas piernas enredadas en tus piernas. La luz apagada.

Te sentas y encendes la luz. Mariana te abraza.

—Shhh! Silencio, apagá la luz, sino se va a despertar.

Mardiadosia